

CAPÍTULO TERCERO

SAMUEL P. HUNTINGTON. LA VISIÓN PARCIAL DE LA CONSTRUCCIÓN EUROPEA

SAMUEL P. HUNTINGTON. LA VISIÓN PARCIAL DE LA CONSTRUCCIÓN EUROPEA

Por VICENTE HUESO GARCÍA

Samuel P. HUNTINGTON nació en Estados Unidos en 1927. En la actualidad es profesor titular de la cátedra Eaton de Ciencias Políticas de la Universidad de Harvard y dirige el Instituto de Estudios Estratégicos John M. Olin. Ha sido fundador de la revista *Foreign Policy* y presidente de la *American Political Science Association*. En 1977 entró a formar parte del Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca hasta 1978. Miembro de la *Presidential Task Force on International Development* (1969-1970), de la *Commission on the United States-Latin American Relations* (1974-1976) y de la *Commission on Integrated Long-Term Strategy* (1986-1988), así como presidente del *Defense and Arms Control Study Group of the Democratic Advisory Council* (1974-1976).

Entre sus obras más importantes destacan: *The soldier and the State*, 1957 (trad. esp., *El soldado y el Estado*, 1975); *Political Power USA/URSS*, 1967; *Political Order in Changing Societies*, 1968 (trad. Esp., *El orden político en las sociedades en cambio*, 1972); *The third wave. Democratization in the late twentieth century*, 1991 (trad. esp., *La tercera ola*, 1994); *The clash of civilizations and remarking of world order*, 1997 (trad. esp., *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, 1997). Otras obras: *No easy choice: political participation in developing countries*, 1976; *American politics: the promise of disharmony*, 1981; *The Common Defense. Strategic programs in national politics*, 1961.

INTRODUCCIÓN

En un artículo publicado por la revista de Política Exterior, con el título "*Antieuropeísmo en EEUU*" (1), analizaban los autores la actitud que existe actualmente al otro lado del Atlántico sobre el proceso de integración europea. Frente a una incredulidad inicial sobre si Europa, tradicional lugar de confrontación entre los diferentes Estados que la componen, pudiera avanzar hacia una comunidad de intereses bajo unas instituciones comunes, se está dando paso a un temor creciente a que este proceso pueda llegar a ser el nacimiento de un auténtico rival mundial, especialmente en lo económico. En general, siempre se ha apreciado, y todavía persiste en los estadounidenses, como señalaban los articulistas, un euroescepticismo en parte debido a una falta de información precisa sobre lo que es Europa. Este escepticismo también se puede hacer extensivo a una parte de los analistas y pensadores de la América anglosajona.

Samuel P. Huntington es uno de los autores que más atención ha dedicado a la estabilidad política tanto en el ámbito de los Estados como de la sociedad internacional. El hilo conductor de su pensamiento, contenido en su bibliografía es el "orden" sobre el que se cimientan las relaciones internacionales y estatales y, consecuentemente, el análisis de cuáles son los factores que en cada momento influyen en la estabilidad y presiden el proceso de cambio de las estructuras que rigen las sociedades.

Este profesor de Universidad alcanzó su mayor popularidad a nivel internacional por un artículo aparecido en julio de 1993, en la revista "Foreign Affairs", con el título "*The clash of civilizations*" (El choque de las civilizaciones), en el que proféticamente sostenía que las civilizaciones condicionarían las relaciones del mundo de la posguerra fría. Ante las expectativas allí suscitadas el autor publicó más tarde el libro "*The clash of civilizations and remarking of world order*" (1997) (El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial). Es necesario remarcar que Huntington ya estaba acreditado como intelectual por una serie de investigaciones sociales previas a esta obra, que han sido, y todavía son, punto de referencia para docentes y estudiosos.

En 1957 irrumpe Huntington en el campo de la investigación con el trabajo "*The soldier and the State*", que presentaba la teoría sobre cuál es

(1) WALLACE, WILLIAM Y ZIELONKA, JAN: «*Antieuropeísmo en EEUU*», revista de Política Exterior, 67, Enero/Febrero, 1999, 69-83.

el orden que debe presidir las relaciones cívico-militares como un aspecto más de la política de seguridad nacional. Por la minuciosidad y amplitud de los conceptos allí vertidos, esa obra constituye un clásico del estudio de la profesión militar, pues estudia la evolución de lo militar hasta alcanzar el pleno profesionalismo, las características distintivas de la profesión militar, las actitudes y valores del cuerpo de oficiales y, finalmente, cómo deben ser las relaciones militares con los diferentes poderes del Estado y grupos de presión para no perder las características que distinguen a una profesión de una ocupación y para mantener su eficacia.

En *“El orden político en las sociedades en cambio”* (1968), la preocupación primordial del autor se sintetiza en su idea central: la causa de la violencia e inestabilidad política que experimentan las sociedades en desarrollo es, en gran medida, el resultado del rápido cambio y de la veloz movilización política de nuevos grupos en un contexto de lento desarrollo de las instituciones políticas. A partir de esta proposición teórica, Huntington traza el elemento básico de su pensamiento político, la construcción de un orden, analizando las múltiples facetas que influyen en la construcción de ese orden en las sociedades en cambio.

Un cuarto de siglo después de la primera edición del libro anterior, vuelve a estudiar las consecuencias que para la estabilidad política mundial supone la transformación de regímenes autoritarios a otros democráticos, entre 1974 y 1990, de más de treinta países, especialmente los de la Europa Central y del Este. En la *“Tercera ola”* (1991), Samuel P. Huntington analiza las causas y la naturaleza de estas transiciones democráticas, evalúa las posibilidades de estabilidad de estos regímenes y explora las perspectivas de otros países con respecto al mismo tema. También estudia el papel que determinados agentes e instituciones pueden jugar en este proceso de democratización para evitar un camino de ida y vuelta. En este sentido, señala el rol de la Comunidad Económica Europea como elemento exportador de estabilidad y bosqueja un tema que ahora se encuentra de plena actualidad en la Unión Europea: las consecuencias que puede tener para la estabilidad de esas nuevas democracias europeas su integración en esa organización.

Finalmente, en el libro *“El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial”*, vuelve a aflorar la preocupación del autor por el orden y la estabilidad en un mundo en el que ha desaparecido el orden fundamentado en las ideologías y otros criterios emergentes están dando origen a una nueva realineación de los Estados que forman la sociedad internacional. Ese nuevo orden, es para Huntington, el orden *“civilitatorio”*.

Es realmente en esta obra donde se descubre o vislumbra que Samuel Huntington tiene algún proyecto para Europa como entidad propia, una vez que ya la Unión Europea avanza hacia una mayor integración que la que poseía en la época de su primera obra, 1957. El autor sigue la tendencia general de la mayoría de los estadounidenses y de sus pensadores, según queda patente en el artículo de Wallace y Zielonka, ya citado, al ignorar o minimizar el papel que juega o pudiera jugar en el futuro la Unión Europea en la sociedad internacional, como organización económica en un principio o como unidad política en el futuro, tanto en el ámbito regional como mundial. Aunque reconoce que, sobre todo en Europa, ciertas instituciones, sin hacer mención expresa a la UE, han asumido importantes funciones anteriormente desempeñadas por los Estados, sigue pensando que éstos son los actores principales en los asuntos mundiales. Dentro del nuevo orden que vaticina, basado en las civilizaciones, cada una de éstas suele tener Estados centrales que son los líderes de dicha civilización, normalmente los más poderosos y culturalmente más fundamentales. En el caso de Occidente ese papel se lo asigna a Estados Unidos y, en Europa, al núcleo franco-alemán, con Gran Bretaña como centro adicional de poder. No contempla que la Unión Europea ahora o en el futuro puede ser una unidad política que desempeñe ese liderazgo ni en la propia Europa.

Aunque Samuel P. Huntington no tiene un proyecto claro para el viejo continente, sí es cierto que algunas de las tesis fundamentadas que presenta a lo largo de sus diferentes trabajos afectan directamente al propio continente y, dentro de él, a la Unión Europea.

Por la trascendencia, la singularidad y el impacto de los argumentos esgrimidos por Huntington en los últimos tiempos, puede afirmarse que se trata de un pensador lo suficientemente interesante como para desglosar sus ideas relacionadas con el objeto del presente trabajo, y que son a su vez claves para el futuro de una estrategia para la Unión Europea.

EL NUEVO ORDEN MUNDIAL BASADO EN LAS CIVILIZACIONES

Las relaciones entre los Estados-nación han sido condicionadas, según el momento histórico, por motivos ideológicos, culturales, estratégicos, etc. Debido a la afinidad predominante en alguno de estos aspectos, se han ido agrupando los Estados y han permitido, bajo el amparo de esos principios o valores que compartían, unos lazos más estrechos en los distintos campos de la política, de la economía, de la seguridad y de

la defensa, etc. También esos principios compartidos se han utilizado como elemento distintivo en las relaciones frente a terceros Estados que no tenían la misma visión o percepción. El alineamiento sucesivo de los Estados según la afinidad o disimilitud entre ellos, atendiendo a las características imperantes, ha dado lugar a la sucesión de los distintos órdenes mundiales.

La ideología fue el principal condicionante que presidió las relaciones entre los Estados después de la de la 2ª Guerra Mundial. Las dos ideologías hegemónicas, la liberal y la comunista, tenían una percepción del mundo diametralmente opuesta. En lo político, dictadura del proletariado frente a democracia representativa; en lo económico, planificación y estatalidad de los medios de producción frente a mercado de libre competencia; en lo social, supremacía del Estado frente a la supremacía del individuo. Por tanto, el conflicto era latente en cualquier campo hacia el que se miraba. Esta situación dividió al mundo en tres partes. Un grupo de sociedades, en su mayor parte opulentas y democráticas, encabezadas por Estados Unidos. El otro grupo, el bloque comunista, compuesto por sociedades más pobres asociadas a la Unión Soviética. El último grupo, el Tercer Mundo, formado por lo general por países pobres, carentes de estabilidad política, recientemente independizados y que se declaraban no alineados.

La religión, la identidad cultural o las tradiciones históricas quedaron supeditadas a la ideología. En algunos casos los Estados adoptaron sistemas políticos y lealtades muy distantes de lo que era su tradición. Polonia, Hungría o la República Checa, por citar los últimos que han ingresado en la OTAN, culturalmente pertenecientes a Occidente, estuvieron al otro lado del telón de acero durante la guerra fría. Austria, Suecia y Finlandia se declararon neutrales como medio para asegurar sus propias supervivencias. Turquía, por el contrario, se alineó con Occidente a través de su vinculación a la OTAN. También otros Estados, como Alemania y Corea se vieron divididos, formando parte, cada una de las nuevas divisiones políticas, de bloques ideológicos opuestos.

A finales de los años ochenta, el mundo comunista se desplomó y el sistema internacional de la guerra fría pasó a ser historia. En el mundo de la posguerra fría, principal tesis de Samuel Huntington en su obra "El choque de las Civilizaciones", las distinciones más importantes entre los pueblos no son ideológicas, políticas ni siquiera económicas, sino culturales. El fin de las ideologías ha hecho aflorar una crisis de identidad a escala planetaria. Las gentes y los líderes se preguntan "¿Quiénes

somos?”, “¿Adónde pertenecemos?” y “¿Quién no es de los nuestros?”. Como consecuencia de estas inquietudes, señala el autor que:

Los alineamientos definidos por la ideología y las relaciones con las superpotencias están dando paso a alineamientos definidos por la cultura y la civilización. Las fronteras políticas se rehacen cada vez más para que coincidan con las culturales, étnicas, religiosas y civilizatorias. Las colectividades culturales están reemplazando los bloques de la guerra fría y las líneas divisorias entre civilizaciones se están convirtiendo en las líneas centrales de conflicto en la política global.

Así, los países católicos y protestantes del antiguo Pacto de Varsovia avanzan hacia su ingreso en la Unión Europea y en la OTAN —Polonia, Hungría y la República Checa ya son miembros de la segunda—. En los Balcanes se está produciendo otra reconfiguración según la identidad, especialmente religiosa, de las antiguas repúblicas que integraban Yugoslavia. Igualmente ocurre con Turquía. Su alianza por motivos estratégicos durante la guerra fría con el mundo Occidental plantea problemas de congruencia en este país, una vez finalizada la misma, al tener una cultura distinta a la del reto de los miembros de la Alianza.

En definitiva, como señala Huntington, nos encontramos, y en el futuro todavía será más evidente, ante un nuevo orden basado en la identidad cultural, cuya entidad más amplia es la civilización. Las civilizaciones serán causa, y de hecho ya lo son, de cohesión, de cooperación, de desintegración y de conflicto en el mundo del siglo que viene. A pesar de que las civilizaciones no son realidades políticas, pues en cuanto tales no mantienen el orden, ni imparten justicia, ni sostienen guerras, ni tampoco hacen ninguna de las demás cosas que hacen los organismos estatales, sí puede afirmarse que condicionan a todas ellas.

Las civilizaciones, que son el centro de esa nueva dialéctica en la sociedad internacional, se reducen a ocho: china, japonesa, hindú, islámica, ortodoxa, occidental y latinoamericana.

LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL Y EUROPA

Para Huntington las civilizaciones se caracterizan por no ser permanentes en el tiempo, sino evolutivas. Crecen y se derrumban; se funden y dividen. Este es el caso de lo que denominamos “civilización occidental”. Históricamente, la civilización occidental era civilización europea. En la

época moderna, la civilización occidental es civilización euroamericana o noratlántica. El término occidental incluye Europa y Norteamérica, más otros países procedentes de la colonización europea como Australia y Nueva Zelanda.

La civilización occidental es la única civilización designada con un referente geográfico, y no con el nombre de un pueblo, religión o región particulares. Las señas principales de identidad de esta civilización, en opinión del autor, son:

- Heredera del legado clásico. Occidente ha sido el principal receptor del legado clásico, en especial la filosofía y el racionalismo de los griegos, el derecho romano, el latín y el cristianismo.
- El catolicismo primero y después el catolicismo y el protestantismo, han sido históricamente las características más importantes de la civilización occidental.
- La ausencia de una lengua común a la toda la civilización, si bien en el siglo XX el inglés es la lengua dominante, como anteriormente lo fue el francés y el latín..
- La separación de la autoridad espiritual y temporal. La separación y los reiterados choques entre Iglesia y Estado, típicos de la civilización occidental, no han existido en ninguna otra civilización. Esta división de la autoridad contribuyó enormemente al desarrollo de la libertad en Occidente.
- El imperio de la ley procedente de los romanos ha sido la base del constitucionalismo y de la protección de los derechos humanos. En la mayoría de las demás civilizaciones, la ley fue un factor mucho menos importante en la configuración del pensamiento y de la conducta.
- El pluralismo social y la existencia de cuerpos representativos. El pluralismo social en la civilización occidental ha tenido como consecuencia la aparición de instituciones que representan los intereses de los miembros de la sociedad, tanto a nivel estatal como local. Ninguna otra civilización contemporánea posee una tradición comparable.
- El individualismo. Si de todas estas características mencionadas hay que destacar algún signo distintivo de occidente éste es el individualismo, es decir, la confianza en el individuo como fundamento y motor de esta civilización.

Aunque la cuna de la civilización occidental ha sido Europa, durante la guerra fría el continente, afirma Huntington, no existía como un todo. Por

eso el autor se pregunta “¿Qué es Europa?” y sobre todo ¿Cuál es la Europa que pertenece a la cultura occidental? La respuesta más convincente y generalizada a estas preguntas la proporciona la gran línea histórica que durante siglos ha separado a los pueblos cristianos occidentales de los pueblos musulmanes y ortodoxos. Empezando en el norte, corre a lo largo de lo que ahora son las fronteras entre Finlandia y Rusia y los Estados Bálticos (Estonia, Letonia y Lituania) y Rusia, atraviesa Bielorrusia Occidental, cruza Ucrania separando el oeste del este ortodoxo, pasa por Rumanía entre Transilvania, con su población húngara católica, y el resto del país, y a través de la antigua Yugoslavia siguiendo la frontera que separa Eslovenia y Croacia de las demás repúblicas. En los Balcanes, por supuesto, esta línea coincide con la división histórica entre los imperios austrohúngaro y otomano. Es la frontera cultural de Europa y en el mundo de posguerra fría es también la frontera política y económica de Europa y Occidente.

Huntington, al referirse a la Europa de cultura occidental, señala como principal elemento diferenciador respecto a otras zonas, la religión, pues, para él, Europa termina donde termina el cristianismo occidental y comienza el islam y la ortodoxia. Esa Europa no coincide con la división estatal, ya que la línea que marca el autor divide el territorio de Estados como Bielorrusia, Ucrania o Rumanía. La situación de esos Estados, a caballo de dos culturas diferentes, puede ser causa de conflicto en el futuro.

EL PAPEL DE LA UNIÓN EUROPEA EN LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL

Después de la 2ª Guerra Mundial, durante la guerra fría, proliferaron las organizaciones de carácter regional: OTAN, ASEAN, CEE, OSCE, MERCOSUR. Unas han obtenido el éxito que pretendían, otras potencialmente son capaces de alcanzarlo, pero otro grupo de ellas han permanecido estancadas desde su fundación. Huntington considera que la creación de organizaciones con un determinado fundamento geográfico, normalmente regional, no es condición suficiente para asegurar la cooperación entre los Estados de esa área, pues se requiere algo más.

Las alianzas militares y las asociaciones económicas, y no digamos las que pretenden una integración supranacional en lo político, requieren ante todo la existencia de confianza entre sus miembros y esa confianza brota mucho más fácilmente entre aquellos que comparten valores y cultura. Por lo tanto, la eficacia global de las organizaciones regionales, según el autor, varía en proporción inversa a la diversidad de las civilizaciones a las que pertenecen sus miembros.

Donde existe una mayor facilidad para alcanzar acuerdos entre Estados de una determinada área geográfica es en la cooperación económica. Esta cooperación puede ir desde una zona de libre comercio hasta una unión económica, pasando por la unión aduanera y el mercado común. Aquellas organizaciones en las que los Estados miembros pertenecen a una única civilización es más factible que la integración económica sea llevada a buen término.

Este es el caso de la Unión Europea. Dicha organización es vista por el autor como la principal entidad de Occidente en Europa, pero sólo con capacidad comercial y económica. La Unión Europea ha conseguido desde su creación por el Tratado de Roma un mercado común y avanza, con paso firme y decidido, hacia la unión económica y monetaria. Entre sus logros se encuentra una mayor fluidez del comercio en el ámbito de la propia Comunidad Europea (éste ha pasado del 50,6% en 1980 al 58,9% en 1989), siendo hoy la primera potencia comercial del mundo. Los datos indican, y esto no lo subraya el autor, que la renta per cápita de los quince equivale a la de EEUU y el crecimiento económico desde 1966 a 1994 ha sido del 2,5% anual. El éxito alcanzado por la UE en este campo lo explica fundamentalmente en clave "civilitatoria", ya que todos sus miembros pertenecen a la misma cultura y eso facilita una visión compartida de objetivos a alcanzar y de medios a emplear.

Por el contrario, Huntington, para demostrar sus tesis, cita a la ASEAN, ejemplo de organización multicultural eficaz, aunque limitada en el alcance de sus objetivos por no ser homogénea en términos de identidad cultural. Esta organización no es una alianza militar, aunque sus miembros a veces cooperan en este terreno de forma bilateral. En el ámbito económico, se proyectó, desde el principio, para alcanzar una cooperación económica, más que una integración, y, todavía, no ha alcanzado una zona de libre comercio entre los Estados que la integran a finales del siglo XX.

El éxito en la consecución de los objetivos de las organizaciones regionales, cuyos miembros son de una misma civilización, no es exclusivo del campo económico. La OTAN, para el autor, es otro ejemplo de éxito en el campo de la seguridad y la defensa, pues, se trata de una organización central de seguridad de unos países occidentales con valores y principios filosóficos comunes, a excepción de Turquía. Al igual que la Unión Europea Occidental, es el producto de una cultura europea común. La Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, en cambio, que incluye a países de al menos tres civilizaciones, con valores e

intereses completamente diferentes, se enfrenta a obstáculos importantes a la hora de desarrollar una identidad institucional significativa y una gama amplia de actividades importantes. Aquí Huntington se alinea con la posición oficial de la política exterior estadounidense, que defiende a la OSCE como una organización panaeuropea que contribuye a la seguridad del viejo continente, pero considera que su campo de acción es limitado y, por tanto, es contrario a que se refuercen los instrumentos de actuación, y mucho menos a que se convierta en la principal organización de seguridad europea.

Samuel Huntington, a pesar de reconocer a la Unión Europea importantes logros en la integración económica, niega, por omisión, la posibilidad de un desarrollo que pudiera terminar en una unidad política. De ello se deduce que el autor se apunta al bando de los que piensan en la Comunidad sólo como un gran mercado, lo que ha venido en llamarse “la Europa de los mercaderes”. La UE, por su desarrollo económico y por tratarse de la primera potencial comercial del mundo, tiene intereses en la mayor parte del globo, y eso le otorga una importante capacidad de influencia no exclusivamente económica, sino también política, pero sólo, según el autor, por su propia capacidad económica, no política.

EL LIDERAZGO DE OCCIDENTE: LA POSICIÓN DE LA UNIÓN EUROPEA

Aunque la tesis fundamental de Samuel Huntington se centra en que el choque de las civilizaciones dominará la política mundial, también es cierto, que esas entidades culturales no son políticas ni poseen unas organizaciones que las representan en su totalidad. Por lo tanto, no se pueden considerar actores internacionales, si bien es cierto que influyen en ellas. El autor, cuya preocupación fundamental a lo largo de todo su pensamiento es la búsqueda de elementos y principios vertebradores del orden mundial en cada momento de la historia, analiza cuáles son los fundamentos de esa estructura “civilitatoria”.

Los Estados siguen siendo los actores básicos de los asuntos mundiales, aunque actualmente se encuentran en una fase de crisis-transición. La entidad política más importante desde el siglo XVI está sometida a una pérdida paulatina de soberanía, de funciones y de poder, tanto a nivel superior como inferior. En algunos casos, en el plano superior, sobre todo en Europa, los Estados están cediendo soberanía a organizaciones supranacionales, asumiendo éstas importantes funciones que anterior-

mente eran exclusivas de los Estados. También se han creado poderosas burocracias internacionales cuya actividad afecta directamente a cada uno de los ciudadanos —sin embargo, aunque esto es cierto en el caso de la Unión Europea, el autor no la menciona de manera explícita—. Por debajo, los ciudadanos reclaman una administración más próxima que resuelva sus problemas y para ello se promueven entidades políticas subestatales, regionales, provinciales y locales que adquieren competencias que tradicionalmente han sido propias de los Estados.

Huntington, a pesar de todo, opina que esta situación, aunque real, no modificará el protagonismo de los Estados como actores internacionales. Los pertenecientes a una misma civilización se agruparán en torno aquel o aquellos con capacidad de liderar las respectivas civilizaciones y, por tanto, representarán a éstas en sus relaciones con las otras, negando el autor tal posibilidad a organizaciones de carácter supranacional que pudieran existir dentro de una civilización, como en el caso de la Unión Europea.

El hecho de que el mundo se estructure bajo el criterio de la división cultural, no es suficiente para asegurar un cierto orden en el mundo (el orden siempre presente en el pensamiento de este autor). Las propias civilizaciones, que son entidades no políticas, tienen que tener algún tipo de vertebración para aglutinar y representar sus características e intereses frente a otras. Este papel le corresponde, según la teoría del autor, a los Estados centrales. La realidad demuestra que cuando alguna civilización carece de un Estado líder, esa civilización es más propensa a la inestabilidad y al conflicto.

Las civilizaciones poseen normalmente uno o más lugares considerados por sus miembros como la principal fuente de su cultura. Dichas fuentes a menudo se sitúan dentro del Estado o Estados centrales de la civilización, que normalmente suelen ser los más poderosos y culturalmente más influyentes.

El número y papel de estos Estados centrales varía de una civilización a otra y pueden cambiar con el tiempo. Su papel de liderazgo es fundamental, según Huntington, porque:

Un Estado central puede realizar su función ordenadora gracias a que los demás Estados lo consideran su pariente cultural. Una civilización es una familia extensa y, como los miembros más viejos de una familia, los Estados centrales proporcionan a sus parientes tanto apoyo como disciplina. Si falta ese parentesco, la capacidad de un Estado más poderoso para resolver conflictos e imponer orden en su región es limitada.

Cuando las civilizaciones, según demuestra la realidad, carecen de uno o de varios Estados centrales es más difícil establecer un orden, tanto dentro de sus entidades como en las relaciones entre civilizaciones.

La civilización Occidental normalmente ha tenido dos núcleos focales. Uno, los Estados Unidos y, en la Unión Europea, Francia y Alemania. El autor se esfuerza por argumentar la convergencia de intereses entre los miembros de una parte y otra del Atlántico, especialmente en la actualidad, si bien reconoce que esto no fue así en el pasado:

Durante gran parte de la historia, los norteamericanos definieron su sociedad en oposición a Europa. Norteamérica era la tierra de la libertad, la igualdad, las oportunidades, el futuro; Europa representaba la opresión, el conflicto de clases, la jerarquía, el atraso. Se afirmaba, incluso, que Norteamérica era una civilización distinta. Esta afirmación de una oposición entre Norteamérica y Europa era, en buena medida, resultado del hecho de que, al menos hasta finales del siglo XIX, Norteamérica sólo tenía contactos limitados con civilizaciones no occidentales. Una vez que los Estados Unidos saltaron a la escena mundial, sin embargo, descubrieron el sentido de una identidad más amplia con Europa. Mientras que la Norteamérica del siglo XIX se definía como diferente de Europa y opuesta a ella, la Norteamérica del siglo XX se ha definido como parte, y hasta líder, de una entidad más extensa, Occidente, que incluye a Europa.

La Unión Europea, como aglutinador político del viejo continente, y Estados Unidos deberán en el futuro hacer todavía más coincidentes sus intereses, pues esos intereses deben ser las señas y objetivos de la civilización Occidental. Aunque previamente el autor hablaba de varios Estados centrales de la civilización occidental, posteriormente considera que la única unidad política capaz de capitanear ese proyecto es Estados Unidos, ya que:

La supervivencia de Occidente depende de que los estadounidenses reafirmen su identidad occidental y los occidentales acepten preservarle frente a los ataques procedentes de sociedades no occidentales.

En el caso que bien Estados Unidos se desoccidentalizara o bien Europa se desgajara del primero, ésta, según afirma el autor, se convertiría, como civilización, “*en una parte minúscula y decreciente de la población del mundo, en una península pequeña y sin trascendencia, situada en el extremo de la masa continental euroasiática*”.

Lejos de alcanzar la civilización occidental un universalismo, aunque sigue siendo la civilización más poderosa, ha iniciado una lenta pero progresiva declinación de su poder en el mundo, que se manifiesta en una pérdida de control territorial desde 1920 hasta ahora; en un decrecimiento de su población en contraste con otras civilizaciones; en la disminución de la cuota de producción económica; y también, en el potencial militar, aunque sólo en los aspectos cuantitativos. Huntington cree que esta decadencia por la que atraviesa Occidente se puede contrarrestar si Norteamérica y Europa renuevan su vida moral y desarrollan formas de integración en todos los campos sobre la base de su identidad cultural.

Al igual que la OTAN, principal institución occidental, surgió para fomentar la colaboración en materia de seguridad y defensa entre Norteamérica y Europa como respuesta a una amenaza latente después de la 2ª Guerra Mundial y finalizada la guerra fría ha seguido un renovado interés de los Estados miembros en mantener esta Alianza, se puede llegar a una "Comunidad Atlántica", o si se quiere una "Comunidad Occidental", con una integración económica y política que serviría para detener el ocaso de Occidente en lo relativo a población, producción económica y potencial militar, y además se restablecería el poder de Occidente a los ojos de los líderes de otras civilizaciones. Finaliza Huntington afirmando que:

Occidente sea una o no política y económicamente depende sobre todo de que los Estados Unidos se reafirmen en su identidad como nación occidental y definan su papel a escala mundial como líder de la civilización occidental.

En definitiva, Huntington considera que en la civilización Occidental el líder es Estados Unidos. La Unión Europea ni ahora ni en el futuro puede tener capacidad de convertirse en un "Estado" central de Occidente junto con Norteamérica y que dentro de la propia Europa ese liderazgo corresponde al núcleo franco-alemán.

¿HACIA DÓNDE AVANZA LA AMPLIACIÓN DE LA UNIÓN EUROPEA?

La tesis general de Samuel Huntington es que la civilización es un elemento de cohesión y desintegración. Entre los Estados que pertenecen a la misma existe una mejor disposición para compartir ideas y proyectos dentro de organizaciones y alianzas. Este criterio "civilitatorio" es para el autor el principal a la hora de determinar qué Estados ingresarán en aquellas organizaciones unicivilitarias. En el caso de la Europa occidental, la



identificación con la cristiandad proporciona un criterio claro para la admisión de nuevos miembros en organizaciones occidentales.

La Unión Europea, como principal entidad de Occidente en el continente, no es una excepción a este criterio. A la hora de incrementar su número de miembros, las preferencias se decantan claramente hacia aquellos Estados que son culturalmente occidentales y que, además, tienden a un mayor desarrollo económico. Así, en la última ampliación en 1994 se admitió a Austria, Finlandia y Suecia, países culturalmente occidentales. Si se aplicara este criterio, los Estados de Visegrado (Polonia, República Checa, Eslovaquia y Hungría), las repúblicas bálticas, Eslovenia, Croacia y Malta acabarían siendo miembros de la Unión y la organización coincidiría en su extensión con la civilización occidental tal y como ha existido históricamente en Europa.

Por otro lado, a juicio del autor, los Estados ortodoxos de Rumanía y Bulgaria, a pesar de tener acuerdos de asociación, tendrán más difícil su ingreso, si es que éstos llegan realmente a conseguirlo alguna vez.

La lógica de las civilizaciones impone una dinámica parecida en la OTAN. La Alianza está debidamente abierta al ingreso de los países occidentales que deseen pertenecer a ella y que reúnan los requisitos básicos, desde el punto de vista de la competencia militar, la democracia política y el control civil de las fuerzas armadas. Una vez que Polonia, Hungría y la República Checa han ingresado, Huntington considera que Eslovaquia, Eslovenia, y más tarde, probablemente las repúblicas bálticas, serán los siguientes.

Aunque se ha dedicado mucha atención a la ampliación de la Unión Europea y de la OTAN, Huntington opina que también podría darse la reducción como consecuencia de la reconfiguración cultural. En concreto, existen dos países, Turquía y Grecia, que por no pertenecer a la civilización occidental rompen el criterio cultural, el primero en la OTAN y aspirante a miembro de la UE, y el segundo en la OTAN y en la UE. Ambos casos, el griego y el turco, son fruto de la guerra fría, si bien las circunstancias de uno y otro son distintas.

Grecia no forma parte de la civilización occidental, pero fue la patria de la cultura clásica, que a su vez fue una fuente importante del desarrollo intelectual de nuestro mundo. En oposición a los turcos, los griegos se han considerado a lo largo de la historia la vanguardia del cristianismo. Aunque ortodoxos, a diferencia de los rumanos o búlgaros, su historia ha estado íntimamente entrelazada con la de Occidente. Sin embargo, Gre-

cia es también una anomalía, ya que, como indica el autor, es el miembro ortodoxo en los organismos occidentales.

Huntington, después de hacer un análisis de la posición griega en los últimos años en la OTAN y en la UE, considera que este Estado nunca ha sido un miembro cómodo en ambas organizaciones, especialmente durante la posguerra fría, ya que Grecia se ha desviado cada vez más de las directrices de Occidente, como así lo evidencia dos hechos concretos. El primero, su bloqueo a Macedonia. La actitud griega fue objeto de la enérgica oposición de los gobiernos occidentales y acabó con el intento por parte de la Comisión Europea de conseguir una sentencia condenatoria del Tribunal de Justicia. El segundo, en los conflictos en la antigua Yugoslavia, al que se puede sumar el actual del Kosovo. Grecia durante el conflicto de Bosnia se distanció de los criterios seguidos por las principales potencias occidentales, apoyó activamente a los serbios y violó descaradamente las sanciones que la ONU les había impuesto.

Paulatinamente, Grecia ha ido tendiendo lazos de acercamiento con el Estado central de la civilización ortodoxa, Rusia. En estas circunstancias se pregunta Huntington ¿Cuál es el futuro de Grecia en las dos principales organizaciones occidentales? El cree que:

Sin duda, Grecia seguirá siendo miembro formal de la OTAN y de la Unión Europea. Pero, sin duda también, a medida que el proceso de reconfiguración cultural se intensifique, estas pertenencias se irán haciendo menos sólidas, menos significativas y más difíciles para las partes implicadas.

Turquía es el típico caso de lo que Huntington denomina “país desgarrado”, es decir, tiene una única cultura predominante que lo sitúa dentro de la civilización islámica, pero sus líderes pretenden, y así ha sido hasta ahora, desplazarlo a la civilización occidental como modo de modernizarse y también de occidentalizarse. En efecto, tras la guerra fría, la élite turca ha seguido siendo mayoritariamente partidaria de que Turquía sea occidental y europea. El mantenimiento de su condición de miembro de la OTAN es, para ellos, imprescindible, porque proporciona un íntimo vínculo organizativo con Occidente y es necesario para contrapesar a Grecia. Sin embargo, la implicación de Turquía con Occidente, encarnada en su pertenencia a la OTAN, fue una consecuencia de la confrontación este-oeste. El final de ésta elimina la razón principal de dicha implicación y lleva a un debilitamiento y redefinición de tal conexión.

Respecto a su posible candidatura a ser miembro de la Unión Europea, para Turquía, desde los años ochenta, ha sido uno de los principales objetivos de su política exterior asegurar la entrada del país en la Unión Europea. Turquía solicitó formalmente el ingreso en abril de 1987. En diciembre de 1989 se dijo que su solicitud no podía ser considerada antes de 1993. Tampoco ha sido incluida como candidato al iniciar conversaciones para su ingreso en la Agenda 2000, al tiempo que otros Estados si han sido incluidos en la misma, como los de Visegrado. ¿Cuáles son las verdaderas razones para que Turquía se quede fuera de la UE?

Las razones son varias y complejas, Huntington opina que existe un doble lenguaje a la hora de la toma de posición por parte de los representantes europeos. En público, achacan la negativa a iniciar el proceso de integración a su bajo nivel de desarrollo económico y falta de respeto a los derechos humanos. Sin embargo, la verdadera razón es “civilitatoria”, es decir, ser un país de cultura islámica. Turquía, al igual que en el resto del mundo, el final de la guerra fría ha reavivado la importancia de la identificación cultural. Esto ha supuesto el ascenso del sentimiento islámico y la llegada al poder de las opciones políticas que lo sustentan. Al mismo tiempo, ha habido una reorientación turca hacia el Cáucaso y Asia Central para reforzar sus vínculos con las nuevas repúblicas musulmanas: Uzbekistán, Turkmenistán, Kazajistán, Kirguizistán junto con Azerbaiyán.

El rechazo de la UE a que pueda ser miembro de ella, el auge de la identificación cultural y su vocación de ocupar un mayor liderazgo entre los países que comparten religión e incluso lengua, ha ido socavando la orientación laica y prooccidental de los que eran sus principales defensores, la élite turca. En tales circunstancias, señala Huntington:

El ingreso de Turquía en la Unión Europea como miembro de pleno derecho es problemático, y su condición de miembro de la OTAN ha sido atacada por el Partido del Bienestar. Sin embargo, es probable que Turquía continúe siendo miembro de la OTAN Sea cual sea su papel en la OTAN, lo probable es que Turquía persiga cada vez más sus propios intereses en lo tocante a los Balcanes, el mundo árabe y Asia Central.

LA UNIÓN EUROPEA Y LA ESTABILIDAD INTERNACIONAL

Samuel Huntington analiza, con anterioridad al choque de las civilizaciones, los motivos por los que se produce inestabilidad en las sociedades, especialmente en las sociedades en cambio. La modernidad, para

el autor, es origen de estabilidad, sin embargo, la modernización genera inestabilidad. *“Si los países pobres parecen inestables, no es porque sean pobres, sino debido a que tratan de enriquecerse”*. Dentro del proceso de modernización existen dos aspectos claves que, cuando se dan, son los orígenes principales de la inestabilidad, la asimetría entre los cambios políticos, económicos y sociales y la velocidad de los mismos.

La modernización no es un proceso único, sino la resultante de varios subprocesos, que no siempre corren en paralelo. Cuando uno de ellos está desfasado con respecto a los demás puede colapsar todo el sistema y, finalmente, dar paso a la inestabilidad.

Los cambios económicos y sociales para alcanzar la modernidad suponen: urbanización, niveles cada vez mayores de alfabetización, educación, salud y movilización social; estructuras ocupacionales más complejas y diversificadas; y variación de las actitudes, valores y conocimientos, al menos con respecto a la sociedad tradicional. Todos esos cambios amplían la conciencia política de los ciudadanos, multiplican sus demandas y ensanchan las exigencias de una mayor participación. Cuando ese desarrollo social y económico no guarda, al mismo tiempo, una proporción con el desarrollo político, entonces aumenta la probabilidad de que se genere inestabilidad. Para evitarlo es preciso que el avance o el progreso de una sociedad en todos los órdenes sea paralelo al desarrollo de las instituciones políticas que sustentan esos cambios.

Dentro de ese proceso de modernización, en lo político, considera en su libro *“La tercera ola”*, que la democracia es la forma de gobierno más estable. Primero, porque la democracia política se asocia estrechamente con la libertad de los individuos. El efecto a largo plazo de la democracia política es la institucionalización y la ampliación de la libertad individual. Si a la sociedad, o cualquier otro grupo social, le preocupa la libertad como un valor fundamental, también debería preocuparle el destino de la propia democracia. Segundo, porque en el mundo moderno, los sistemas democráticos tienden a estar menos sujetos a la violencia civil que los que no lo son. Además, los gobiernos democráticos usan mucho menos violencia contra sus ciudadanos que los regímenes totalitarios. Las democracias también proporcionan canales de expresión aceptados para la manifestación de la discrepancia y de la oposición dentro del sistema. También la democracia es mucho más resistente a las grandes erupciones revolucionarias que los sistemas autoritarios y resisten mucho mejor las crisis, tanto de orden político como económico. Tercero, porque la expansión de la democracia tiene implicaciones para las relaciones interna-

cionales. Históricamente, las democracias han llevado a cabo guerras tan a menudo como los países autoritarios. Estos países han luchado contra los democráticos, y han luchado unos contra otros, desde principios del siglo XIX hasta 1990. Sin embargo, las democracias, con algunas excepciones nada significativas, no luchan contra otras democracias. En la medida en que este fenómeno se extiende en todo el globo significa una mayor posibilidad de extender la paz y la estabilidad en el mundo.

Sin embargo, a pesar de las ventajas que ello supone, Huntington observa que la democracia, una vez alcanzada, no es un estado irreversible. A lo largo de la historia los procesos de democratización, lo que él denomina “olas de democratización”, han ido seguidas por “contraolas” o retornos a formas de gobierno no democráticas. En la primera ola de democratización, llevada a cabo entre 1828 y 1926, más de treinta países establecieron, por lo menos mínimamente, instituciones nacionales y democráticas. En 1922 surgió la primera “contraola”, principalmente entre aquellos países que habían adoptado formas democráticas poco antes o poco después de la Primera Guerra Mundial. Entre otros, volvieron a régimen autoritarios: Lituania, Polonia, Letonia, Estonia. También se puso fin a la democracia en Alemania e Italia, existieron dictaduras militares en Grecia, Portugal y España. Todo ello como consecuencia del desarrollo de ideologías comunistas, fascistas y militaristas.

Al comenzar la Segunda Guerra Mundial, tuvo lugar una segunda ola de democratización promovida por los aliados. En esta ola, Alemania Occidental, Italia, Austria, Japón y Corea inauguraron instituciones democráticas. A finales de los años cincuenta surgió una segunda contraola que, sin embargo, no tuvo ningún efecto en Europa.

La tercera ola de democratización, comenzó a partir de 1974, coincidiendo con el fin de la dictadura portuguesa. Un poco más tarde, Grecia y España iniciaban sus correspondientes transiciones democráticas. Con la decadencia de la amenaza soviética, la ola democrática penetró en el mundo comunista. Hungría, Polonia, Alemania Oriental, Checoslovaquia, Rumanía y Bulgaria, entre otros, fueron transformando sus sistemas para adaptarlos a regímenes más liberales y multipartidistas.

La tercera ola se propagó principalmente por el efecto “bola de nieve”, es decir, la democratización en un país animó a otros, y este efecto fue más importante entre Estados que estaban geográficamente próximos y eran culturalmente similares, como es el caso de los Estados europeos orientales y centrales, que reiniciaron su singladura democrática. Samuel

Huntington considera que la Comunidad Económica, hoy Unión Europea, ha fomentado la democracia. En efecto, la Unión sustenta, defiende y promueve los principios de libertad, democracia, respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales y el Estado de Derecho. Desde su creación, el ingreso en este "club" ha sido deseable y hasta necesario para otros Estados, dadas las ventajas económicas que ello reporta —el autor una vez más sólo reconoce capacidad económica a la UE—. Pero a cualquier Estado que quisiera optar se le exigía y exige, como condición imprescindible, ser democrático, por lo tanto, la democracia era y es un paso esencial para alcanzar la senda del crecimiento económico y de la prosperidad. Al mismo tiempo, la pertenencia a la Unión refuerza el compromiso con el sistema y proporciona un freno externo contra la regresión al autoritarismo.

El ingreso en la Comunidad Europea fue un importante estímulo para que Grecia, España y Portugal transformaran sus sistemas autoritarios en democráticos, asegurando la estabilidad del sistema en sus correspondientes países. El autor considera que otra institución, antes conferencia hoy organización, la CSCE, por medio del Acta Final del Helsinki y los posteriores acuerdos firmados por los Estados, colaboró para dar inicio a un proceso que ayudó a los gobiernos comunistas a liberalizarse y que legitimó los esfuerzos de los disidentes internos y de los gobiernos extranjeros por apoyarlos. *"No creó democracias, pero ayudó a fomentar aperturas políticas en Europa oriental y en la Unión Soviética"*.

Sin embargo, Huntington no considera, posiblemente porque muchos de esos acontecimientos tienen lugar después de cerrar la primera edición de la "La tercera ola", que, como ocurrió en el caso español, griego y portugués, la Unión Europea ha seguido siendo punto de referencia e impulsor de la democracia en los países de la Europa Central y Oriental, así como en algunas de las antiguas repúblicas de la Unión Soviética. El hecho de poder aspirar a ser miembro de esta organización ha provocado que la mayoría de estos Estados hayan dedicado un importante esfuerzo a vertebrar los poderes del Estado de acuerdo con los principios democráticos y con el mercado de libre competencia. El Consejo Europeo de Copenhague adoptó en 1993 los criterios de adhesión que debían cumplir los países de Europa Central y Oriental. Dicha adhesión requiere:

- Instituciones estables que garanticen la democracia, el Estado de Derecho, los derechos humanos y la protección de las minorías.

- La existencia de una economía de mercado en funcionamiento, así como la capacidad para hacer frente a la presión de la competencia y a las fuerzas del mercado de la Unión.
- La capacidad para asumir las obligaciones de los miembros, incluyendo la adhesión a la unión económica y monetaria.

La Unión Europea no puede ser una isla de progreso y estabilidad. En la medida que se extienda la paz y la prosperidad más allá de sus fronteras, repercutirá positivamente en la propia Unión. Como señala Huntington:

La Comunidad Europea promovió activamente la democratización, y la perspectiva de pertenecer a la Comunidad fue un incentivo para que los países se democratizaran.

Otro factor que ha afectado a la tercera ola ha sido el desarrollo económico. El autor considera que la pobreza es uno de los principales obstáculos, probablemente el principal, del desarrollo democrático.

El futuro de la democracia depende del desarrollo económico. Los obstáculos del desarrollo económico son obstáculos de la expansión de la democracia.

La tercera ola fue posible por el crecimiento económico mundial acaecido durante este período. La promoción del desarrollo económico en diferentes áreas del mundo es una forma de impulsar estabilidad, pues esta sirve, según el autor, para promover la democracia. La Unión dedica un importante esfuerzo en apoyo a los países en vías de desarrollo, como forma de exportar estabilidad. Por tanto, la Unión Europea ha sido, junto con Estados Unidos, el Vaticano y otras instituciones europeas, promotor e impulsor de la democracia en otras zonas del mundo y específicamente dentro de Europa.

¿Se puede producir una contraola en los países europeos que se han transformado a la democracia en la tercera ola? Ante esta pregunta, el autor es optimista y afirma que aún cuando en el caso hipotético que se produjera esa situación, en las contraolas precedentes el saldo avance-retroceso fue favorable al primero.

Actualmente, considera que existe una serie de obstáculos que pueden impedir alcanzar la democracia, a quien no la tiene todavía, o incluso, una vez conseguida, hacerla retroceder. Aunque las razones que enumera son diversas y dispares, Huntington destaca el desarrollo económico, junto con la capacidad de liderazgo político, como determinantes para, en unos casos, ampliar las fronteras de los Estados que tienen formas de gobierno democráticas y, en otros, para profundizar en ella.

La pobreza es uno de los principales obstáculos, "probablemente el principal", del desarrollo democrático. El futuro de la democracia depende del desarrollo económico. Los obstáculos del desarrollo económico son obstáculos de la expansión de la democracia.

y agrega:

El desarrollo económico hace posible la democracia, el liderazgo lo hace real.

En relación con los países del continente europeo que no son miembros de la Unión, el autor considera que las expectativas de ingresar en la UE han sido un importante incentivo para promover, hasta ahora, la democracia en los países de Europa Central, del Este y de algunas de las antiguas repúblicas de la URSS. Huntington se pregunta si en el futuro esas expectativas no se podrán tornar en frustración y, por lo tanto, dar lugar a un declinar de las convicciones democráticas de estos Estados. El autor piensa que la capacidad de ampliar la UE a nuevos miembros es limitada en un período determinado de tiempo, ya que esta organización debe compatibilizar el mantenimiento de su unidad política y económica con la ampliación. Huntington se adelanta así, en unos años, al debate principal que tuvo lugar en la Conferencia Intergubernamental de Turín, sobre la modificación de las instituciones de la Unión para admitir a nuevos miembros sin perder su cohesión y eficacia. Además, el nuevo orden mundial basado en las civilizaciones hace prever, según la tesis del autor, que la ampliación se limite a aquellos Estados que pertenezcan a la civilización occidental.

Los Estados que en el futuro no se admitan dentro de la UE carecerán de un importante agente económico y político para anclar la democracia. Una vez más, Huntington vuelve a citar a Turquía como ejemplo de país donde puede originarse una contraola si no ingresa en la Unión Europea.

Por tanto, la Unión tiene un importante papel que jugar en la expansión y estabilización de la democracia tanto en el ámbito europeo como en el mundial. Su capacidad, sobretudo económica, es un importante agente de apoyo y promoción para la paz y la estabilidad mundial vía fomento de la democracia.

LA SUPERVIVENCIA DE EUROPA COMO PARTE DE OCCIDENTE

Las civilizaciones por sí mismas no tienen reconocimiento internacional y, consecuentemente, tampoco son sujetos del Derecho Interna-

cional. La civilización es tan solo una identidad cultural, cuyos principales vínculos de encuentro, entre aquellos que se encuadran en ella, están determinados por un conjunto de valores, costumbres, historia y, principalmente, lazos religiosos. Sin embargo, Samuel Huntington, como elemento clave del nuevo y venidero orden mundial, le otorga a la civilización, de forma implícita, una serie de capacidades que aunque no tienen respaldo de derecho sí lo tienen de hecho. Ello sólo es posible porque, según su tesis, los Estados líderes son los que personifican las características de esas civilizaciones. Este enunciado tiene el riesgo, como de hecho así ocurre, de confundir los intereses particulares de los Estados centrales con los de las civilizaciones y a la inversa, los de las identidades culturales con la de los Estados dominantes de cada una de ellas.

Cuando Samuel Huntington analiza cuáles son los riesgos a los que Occidente se va a enfrentar en el tiempo que ha de venir, encuentra dos aspectos básicos a destacar. Primero, las relaciones de Occidente con otras civilizaciones están presididas por los modos de hacer de los Estados Unidos y, de igual forma, confunde el rechazo de otras civilizaciones hacia determinadas políticas norteamericanas como el repudio al conjunto de Occidente. El futuro de los Estados Unidos es para él, el futuro de Occidente. Segundo, en ese juego "intercivilitario", la Unión Europea no tiene ningún papel sobresaliente que desempeñar, el destino de la Unión Europea está unido al de Occidente que a su vez lo dirige Estados Unidos.

Los riesgos con que se enfrenta Occidente son principalmente los derivados del nuevo orden mundial, que tiene como origen a las civilizaciones. El primero y fundamental, procede del hecho de que Occidente no acepte que nos encontramos en un mundo multicultural, donde la identificación "civilitatoria" tiene cada vez mayor importancia. Si Occidente no renuncia a que su cultura se transforme en universal y a utilizarla como vehículo para controlar el resto del mundo, se producirán cada vez más rechazos y enfrentamientos con otras civilizaciones. El segundo viene del hecho de que Occidente pierda su propia identidad. En la medida que las sociedades occidentales sean cada vez más multiculturales, existe una mayor probabilidad a que exista un mayor número, lo que el autor denomina "Estados escindidos", es decir, Estados en los que sus sociedades dejan de adscribirse en su conjunto a una determinada civilización y en su lugar se origina un conglomerado de ellas. Especialmente grave sería esta situación, en opinión del autor, si ello aconteciera en los Estados Unidos, puesto que la civilización Occidental perdería su capacidad de influencia

y pasaría a ser una identidad sin peso específico respecto a las más poderosas. Si como afirma Huntington, ello ocurre:

Occidente queda reducido a Europa y a unos pocos países ultramarinos de colonos europeos escasamente poblados. Sin los Estados Unidos, Occidente se convierte en una parte minúscula y decreciente de la población del mundo, en una península pequeña y sin trascendencia, situada en el extremo de la masa continental euroasiática.

Por tanto, la supervivencia de Occidente depende, según Huntington, de que Estados Unidos mantenga su identidad occidental. En esta dialéctica entre civilizaciones, lo importante es unir fuerzas para evitar disensiones por donde se pueda escapar poder que vaya a caer a otras civilizaciones. Es comprensible, de acuerdo con el punto de vista del autor, que todo lo que es Occidente se encuentre en el mismo cesto y bajo un mismo liderazgo. En este escenario no hay espacio para otros actores y uno de ellos es la Unión Europea.

LA DIALÉCTICA ENTRE CIVILIZACIONES: EL PAPEL DE OCCIDENTE

Occidente es la única civilización que tiene intereses importantes en todo el mundo, así como capacidad para afectar a la política, economía y seguridad de todas las regiones del planeta. Otras civilizaciones han necesitado el apoyo de Occidente para alcanzar sus objetivos o proteger sus intereses. Por eso, ha existido durante mucho tiempo la percepción que para que un país alcanzara la modernización era preciso que aceptara los valores y cultura de Occidente. Además, con el final de la amenaza soviética, también se extendió la convicción de que la civilización Occidental cada vez estaba ocupando un mayor espacio en el mundo, lo que hacía pensar que en el futuro terminaría transformándose en una civilización universal.

Sin embargo, la realidad, según el autor, es bien distinta. Por un lado, Occidente, aunque sigue siendo la civilización más importante, está retrocediendo respecto a otras civilizaciones emergentes, aunque seguirá siendo la más poderosa hasta bien entrada las primeras décadas del siglo XXI. Esta civilización controlará probablemente alrededor de un 24% del territorio mundial (frente al 49% al que llegó en su momento de máxima expansión), el 10% de la población total del mundo (frente al máximo registrado del 48%), quizá un 15-20% de la población socialmente movilizadas, aproximadamente el 30% de la producción económica del mundo (frente a un máximo probable del 70%), quizá el 25% del volumen de pro-

ducción manufacturera (frente a un punto culminante del 84%) y menos del 10% del potencial militar humano a escala mundial (frente al 45% de su momento más alto).

Por otro lado, existe un mayor rechazo a aceptar, por parte de otras culturas, especialmente la sínica (china) y la islámica, la occidentalización como medio imprescindible para modernizarse. Se aprecia una tendencia más pronunciada hacia el *reformismo*, es decir, a la modernización pero preservando los valores, prácticas e instituciones fundamentales de la cultura autóctona. Aunque en un principio occidentalización y modernización están estrechamente vinculadas, a medida que aumenta el ritmo de modernización, la occidentalización desciende y la cultura autóctona experimenta un resurgimiento. Después, una ulterior modernización altera el equilibrio de poder en el ámbito de las civilizaciones, entre Occidente y la sociedad no occidental, alienta el poder y la confianza en sí misma de dicha sociedad y fortalece el interés por la cultura propia. La modernización de los Estados no occidentales reduce el poder relativo de Occidente y, en caso de que el mundo occidental insista en inculcar su cultura, produce una reacción contraria. *“En muchos aspectos, el mundo se está haciendo más moderno y menos occidental”*.

Las relaciones entre civilizaciones pueden ser a menudo antagónicas, pero existen algunas que son más propensas a los conflictos que otras. En el caso de Occidente, esas relaciones son más conflictivas con las sociedades musulmanas y asiáticas —incluye a China dentro de estas relaciones de desconfianza con Occidente, si bien a lo largo de su trabajo reconoce que los puntos de desencuentro con la civilización sínica proceden de Estados Unidos—. En el futuro es probable que el conflicto se acreciente debido por una parte, a que Occidente, particularmente Estados Unidos, se obstina en que estos pueblos no occidentales incorporen los valores occidentales de democracia, mercados libres, derechos humanos, individualismo e imperio de la ley. *“Lo que para Occidente es universalismo, para el resto del mundo es imperialismo”*.

Los principales temas que separan a Occidente del resto de las civilizaciones y generan conflictos entre las partes son: el control de armamentos, la democracia y la promoción de los derechos humanos y la restricción e integración de los inmigrantes.

Occidente, representado por EEUU, es la mayor potencia militar del planeta y lo seguirá siendo en el futuro. Los Estados no occidentales tratan de contrarrestar ese poderío buscando atajos, al no disponer ni de los

medios económicos ni tecnológicos que le permitan optar en las mismas condiciones, a través de la promoción y construcción de armas de destrucción masivas (nucleares, bacteriológicas y químicas) y en algunos casos con el apoyo del terrorismo. Esto es visto como una amenaza por Occidente y, de hecho, hoy, la proliferación de armas de destrucción masiva ha pasado a estar a la cabeza de los problemas para Occidente en materia de seguridad.

Para disminuir este riesgo, la sociedad occidental, por medio de sus gobiernos, intenta frenar la acumulación de este tipo de armas como algo que es de interés para todas las naciones del mundo al objeto de alcanzar un orden y estabilidad internacionales. Sin embargo, muchos Estados no occidentales interpretan esta postura como algo que sirve a los intereses exclusivamente occidentales de seguir manteniendo su hegemonía.

Samuel Huntington opina que esta dialéctica proliferación-no proliferación es uno de los aspectos de mayor confrontación entre las partes y donde se genera un mayor resentimiento hacia Occidente. A pesar de los esfuerzos de los Estados occidentales, piensa que no conseguirán frenar el incremento de este tipo de armas, ya que es un fenómeno clave por medio del cual se propaga el poder de las civilizaciones no occidentales.

El otro aspecto que enfrenta a Occidente con otras civilizaciones es la promoción de los derechos humanos y la democracia. Si bien la democracia, según el autor, es buena porque genera estabilidad, es evidente que su logro requiere un proceso que culmina en el momento en el que las sociedades, por ellas mismas, la consideran básica para su estabilidad y progreso. Cuando los Estados occidentales ejercen presión y condicionan sus relaciones exteriores a que las sociedades no democráticas adopten formatos políticos y valores del mundo occidental, sobretodo en pueblos que defienden culturas diferentes, se provoca un claro rechazo hacia lo occidental. Igualmente ocurre cuando de lo que se trata es de imponer a otras sociedades unos derechos humanos que son vistos como un medio para mantener la dominación occidental sobre el resto del mundo.

Para el autor lo que realmente provoca unas relaciones tensas entre Occidente —una vez más Huntington se refiere a EEUU, aunque lo generalice al conjunto de la civilización— y el resto de las civilizaciones es el desfase entre la teoría occidental y su práctica, es decir, la hipocresía y los dobles raseros. El porqué el mundo occidental condiciona sus relaciones de amistad y cooperación con determinados Estados a que estos adop-

ten sistemas democráticos y de respeto a los derechos humanos y no siguen esos mismos criterios con otros.

Se promueve la democracia, pero no si lleva a los fundamentalistas islámicos al poder; se predica la no proliferación nuclear para Irán e Irak, pero no para Israel; el libre comercio es el elixir del crecimiento económico, pero no para la agricultura y la ganadería; los derechos humanos son un problema con China, pero no con Arabia Saudí; la agresión contra los kuwaitíes que poseen petróleo es enérgicamente repudiada, pero no la agresión contra los bosnios, que no poseen petróleo.

Las diferencias de desarrollo económico y pautas demográficas crea un desequilibrio entre los Estados ricos, mayoritariamente representados por Occidente, y los más pobres vinculados a otras civilizaciones. Estas diferencias generan movimientos de población como así ha sido a lo largo de la historia. El lugar de procedencia y de llegada, así como los motivos, han sido muy diversos. En el caso de Europa la mayoría de los emigrantes y refugiados de finales del siglo XX proceden de sociedades no occidentales. En 1990 el número de emigrantes en el continente europeo ascendía a 15,5 millones. La proporción de inmigrantes respecto a la población total alcanzaba del 7 al 8% en los principales países europeos. A principios de los años noventa, dos tercios de los inmigrantes de Europa eran musulmanes.

Tal situación genera sentimientos ambivalentes en unas sociedades y otras. Por un lado, aunque en un primer momento fueron aceptados en el área de la Unión Europea porque se necesitaba mano de obra, en la actualidad existe el temor, por parte de la opinión pública, a que las sociedades occidentales puedan convertirse en sociedades escindidas que aglutinan colectividades distintas y en gran medida separadas, procedentes de civilizaciones diferentes, lo que a su vez depende del número de inmigrantes, de las pautas demográficas y de la medida en que sean asimilados en la cultura occidental. Todo ello ha generado políticas, tanto en el ámbito estatal como de la Unión, restrictivas en cuanto al número de inmigrantes a aceptar. Aún así, el autor piensa que cada vez será más difícil frenar este movimiento migratorio sólo con medidas excluyentes.

Por otro lado, estas políticas restrictivas tienen unos costes. Además de las puramente económicas, existen otras que provocan resentimientos y antipatías tanto por las colectividades de inmigrantes ya existentes en los países occidentales como por los propios Estados de donde proceden los emigrantes, al considerar a los Estados occidentales egoístas y poco solidarios con los problemas de subsistencia de sus poblaciones.

En definitiva, Huntington opina que la lucha de Occidente por frenar la proliferación de armas, sobre todo las de destrucción masiva, por los derechos humanos y por controlar la inmigración será muy difícil, pero, para minimizar sus efectos, afirma:

Occidente tiene que manejar hábilmente sus recursos económicos, como zanahorias y palos, al tratar con otras sociedades, para alentar su unidad y coordinar sus políticas a fin de dificultar a otras sociedades que enfrenten a una sociedad occidental contra otras, y para ahondar y explotar las diferencias entre las naciones no occidentales. La capacidad occidental de seguir estas estrategias estará configurada por la naturaleza y la intensidad de sus conflictos con las civilizaciones que representan un desafío, por una parte, y por la medida en que pueda identificar y desarrollar intereses comunes con las civilizaciones oscilantes, por otra.

Por tanto, las relaciones de los Estados occidentales con los Estados de otras civilizaciones serán cada vez más tensas y proclives al conflicto, especialmente con el Islam y China, al ser las dos civilizaciones que muestran una mayor afirmación en su propia cultura frente a Occidente.

Los conflictos entre civilizaciones están localizados en el ámbito local, entre Estados vecinos pertenecientes a civilizaciones diferentes, entre grupos de distintas civilizaciones dentro de un mismo Estado y entre grupos que partiendo de una minoría o mayoría quieren crear nuevos Estados secesionándose de otro existente. En el ámbito mundial, los conflictos de Estados centrales se producen entre los grandes Estados de diferentes civilizaciones. Los problemas presentes en dichos conflictos son los clásicos de la política internacional, tal como: el poder y bienestar económico, manifestado en disputas sobre comercio, inversiones y otras cuestiones; los valores y la cultura, cuando un Estado intenta promover o imponer sus valores a personas de otra civilización; el poder militar relativo, que se manifiesta en controversias sobre no proliferación y la limitación de armamentos, así como en carreras de armamento, etc.

Históricamente las relaciones más conflictivas han sido entre el islamismo y el cristianismo. Los motivos de estos enfrentamientos no se deben a causas transitorias, sino que dimanar de la naturaleza de estas dos religiones y de las civilizaciones basadas en ellas. A finales de siglos XX, se han incrementado los factores de conflicto entre el Islam y Occidente. El crecimiento de la población musulmana y la subsiguiente emigración hacia Occidente; el resurgimiento islámico que ha aportado al mundo árabe una confianza renovada en su cultura; el intento de Occi-

dente por universalizar sus valores que genera un profundo resentimiento entre los musulmanes hacia esta civilización; el hundimiento del comunismo acabó con un enemigo común de Occidente y el Islam, y convirtió a ambos en la principal amenaza del uno para el otro. Éstos son algunos de los factores que se han sumado a la brecha tradicional entre estas dos civilizaciones, aumentando la probabilidad de que el enfrentamiento entre ambas civilizaciones sea más proclive ahora y en el futuro que antaño.

Hay autores que piensan que este tipo de situación entre Occidente y el Islam está llegando a ser una auténtica guerra fría. En este conflicto Europa se encuentra en primera línea, pues forma frontera con el mundo musulmán. El autor, tomando el pensamiento de Barry Buzan, señala que ese enfrentamiento larvado puede servir para fortalecer la identidad europea en un momento en que se encuentra en pleno proceso de constitución de la Unión Europea.

En este sentido, se han producido importantes cambios de actitud del mundo occidental, especialmente de Europa, después de la guerra fría, hacia el área mediterránea, línea de separación de civilizaciones, principalmente entre la occidental y la islámica. Fruto de esa preocupación por dicha línea de fractura es la avalancha de iniciativas promovidas en el seno de los Estados y de las organizaciones europeas para promover la estabilidad esa área mediante la cooperación en los campos políticos, económicos, sociales y de seguridad. Ya que de esta forma, como señala Huntington:

El envejecimiento de esta generación hacia la tercera década del siglo XXI y el desarrollo económico de las sociedades musulmanas, si se dan y cuando se den, podrían llevar a una importante reducción de las propensiones musulmanas a la violencia y, por tanto, a un descenso generalizado en la frecuencia e intensidad de las guerras de línea de fractura.

¿UNA ESTRATEGIA PARA LA UNIÓN EUROPEA?

En este trabajo se ha analizado la obra de Samuel P. Huntington para conocer, desde su punto de vista, los elementos claves que configuran la sociedad internacional en los umbrales del siglo XXI y el lugar que ocupa en su concepción la Unión Europea.

La estrategia busca el modo más adecuado de satisfacer unos fines. A lo largo de este estudio se ha podido deducir que el papel que Hun-

tington asigna a la Unión Europea no cubre las expectativas que de ella tienen la mayoría de los europeos. Eso no significa que dentro de la estrategia que concibe el autor, tanto en el ámbito global como occidental, no esté contemplada la principal institución de Europa occidental.

Para conocer una estrategia lo primero que hay que averiguar es el fin que se pretende lograr. El pensamiento de Samuel Huntington es gobernado por una idea clave, "el orden". Por lo tanto, sus diferentes obras buscan determinar los factores que contribuyen o desequilibran ese orden en el conjunto mundial, regional y estatal, según las circunstancias del momento. La estabilidad de la sociedad requiere orden y ese orden es el objetivo que buscan conseguir las diferentes estrategias y los proyectos que elabora Samuel Huntington en sus obras. A partir de ahí, estudia los factores que influyen en el orden y cómo se entrelazan los unos con los otros, para construir el basamento que le lleva a elaborar su propia teoría. Lógicamente sus aportaciones están condicionadas por la visión que de Europa y sobre todo de la Unión Europea se tiene al otro lado del Atlántico.

El proyecto de Samuel Huntington para lograr el orden en los diferentes ámbitos de la sociedad internacional en el próximo siglo es una estrategia de suma y no de resta. En efecto, las civilizaciones son las unidades que cada vez más condicionan las relaciones entre Estados y, consecuentemente, las relaciones internacionales. El orden mundial basado en las civilizaciones requiere, para que sea estable, que cada una de ellas se expresen, en lo posible, como una sola voz frente al resto. La mejor forma de conseguirlo, al no estar las civilizaciones vertebradas en organizaciones, es por medio de la existencia de Estados centrales que capitalicen las aspiraciones del conjunto de sus respectivas civilizaciones. Por tanto, otros Estados o instituciones dentro de cada civilización deben contribuir a reforzar el papel de ese Estado líder y no a dividir esfuerzos. La unidad de criterios frente a la diversidad parece prevalecer en los supuestos de Huntington.

La civilización occidental para Huntington ha iniciado un declive en comparación con las otras civilizaciones, aunque seguirá siendo hasta bien entrado el siglo XXI la más poderosa. La única manera de frenar ese retroceso es por medio de la unión de las partes en torno al Estado central. Estados Unidos, como Estado central principal representa los intereses de Occidente y la supervivencia de esta civilización está en sus manos. Una Unión Europea fuerte en términos políticos podría socavar el papel de liderazgo del Estado central, aunque no reemplazarlo, y distorsionar el proyecto del autor. Por tanto, su estrategia, en el caso de la

Unión Europea, es una estrategia de omisión o al menos de parcialidad al reconocer a esta organización sólo capacidades limitadas de carácter económico.

Sin embargo, propone la misma fórmula para Occidente que la seguida en Europa después de la 2ª Guerra Mundial por los padres fundadores de la Unión Europea para conseguir una integración de sus pueblos, es decir, la unión por porciones o fases. El primer paso, ya dado, y ejemplo a seguir es la OTAN en cuanto a colaboración en materia de seguridad. El siguiente debería ser una cooperación económica y finalmente, la integración política. En definitiva, lo que anhela el autor es la construcción de una “Unión de Occidente” al estilo de la que se está construyendo en Europa.

Retomando el artículo de Willam Wallace y Jan Zielonka, “Antieuropeísmo en EEUU”, con el que iniciábamos este trabajo y a la vista del pensamiento de Samuel Huntington, se puede afirmar que este autor sigue la tendencia general de la sociedad y pensadores norteamericanos, es decir, una falta de confianza hacia la posibilidad de que los europeos pudieran avanzar por sí solos en pos de una unidad política. Hoy esa desconfianza se ha transformado en temor a un “euroterremoto” que pueda afectar al menos a los intereses comerciales y económicos de los Estados Unidos. La idea sobre la construcción europea en el orden mundial basado en las civilizaciones apunta en esta dirección.